

sus misteriosas armonías. Y bajo este mismo carácter oriental pasó en los primitivos tiempos Apolo á Grecia. En vano querrán muchos eruditos negar al Apolo griego sus títulos á ser el sol de los orientales. En Atenas tenia un templo tan puro como los templos de la Lycia. Pitágoras le adoraba más aun que á Júpiter, como el gran centro, en torno del cual giran formando divinas armonías y una música misteriosa, todas las estrellas. Los sacerdotes hicieron su culto principal de este dios, que resumia todos sus dogmas y al cual en vano quiso arrancar su áurea mitra oriental el antropomorfismo griego. Los sacerdotes le alzaron un templo en Delfos, le dieron una lira, colocaron á sus piés una sacerdotisa, infundieron en su mente el fuego divino de la inspiracion, é hicieron de Apolo el dios-profeta, que á un tiempo iluminaba con sus rayos de oro toda la creacion y se extendia en el inmenso seno del espíritu. Y por esto es el dios que personifica la gran revolucion oriental.

Apolo entra en Grecia y lucha con Hermes. Este combate no significa en el fondo otra cosa más que la guerra colosal, gigantesca de sus grandes dogmas, de las enérgicas fuerzas de la naturaleza con los dogmas que tienen por objeto la adoracion de dioses individuales, nacidos entre el humo de las herrerías, entre las fraguas pelágicas. Apolo es el representante de un culto más

ilustrado, más puro, teocrático en forma y fondo, originario de Oriente; pero trasformado, al tocar el suelo de la tierra prometida del paganismo, la Grecia. Apolo somete á todos los dioses, les impone su ley, desvanece con sus rayos de oro las espesas sombras que los cubrian, y los encadena, dejándoles cuando más á las puertas del Olimpo para que sirvan de mensajeros á las divinidades vencedoras. Los dioses rústicos de la Arcadia, los dioses trabajadores, jornaleros, los dioses industriales, ahumados ennegrecidos, cubiertos de hojas, de polvo, de telarañas, son arrojados en sus cavernas por estos dioses mayores, que vienen del interior del Asia á respirar el aire sagrado de la libertad y de la vida en las montañas de Grecia. Mas al rededor de estas grandes divinidades orientales se organiza el sacerdocio, que aspira no solo á dirigir la religion y á dominar en la conciencia del pueblo, sino tambien á dirigir el Estado y á dominar en la voluntad del pueblo. Y estos son los tiempos, llamados órficos en la primitiva religion griega, los tiempos puramente sacerdotales, sí; los tiempos cercanos á Oriente. Esta edad primitiva no lleva en su seno el brillo del antropomorfismo, es una edad panteista, en que los dioses representan fuerzas naturales, en que apenas tienen formas, ó si las tienen no puede llegar á la bellísima forma humana; edad en que los sacerdotes ocultan en letras hieráticas todos los

dogmas, y no dejan pasar sin su permiso á los pueblos al interior de los templos, y tienen sometida á su direccion la voluntad y la conciencia religiosa; edad personificada por el gran Orfeo, mago, hechicero, poeta, médico, sacerdote, que explica las edades del mundo y su formacion, presentándonos el mundo soñoliento y dormido en el caos, envuelto en un velo de tinieblas, despertándose á la voz del amor, que arroja la vida, la clara luz sobre su seno, y poniéndose despues bajo la proteccion del tiempo que abre sus gigantescas alas á manera de un águila sobre su nido, y va poniendo en el seno de la tierra, herida de amor, la sustancia y la forma de todos los objetos y de todos los grandes séres que pueblan sus espacios.

El carácter, pues, de esta época primitiva es sacerdotal. Los sacerdotes se abstienen de comer animales; se visten con telas, cuyo tejido sea originario de las plantas; se encierran en su soledad; se aparecen á los ojos del pueblo con sus coronas de encina en la frente y palabras simbólicas en los labios; llevan en su mano una lira, cuyas armonías son tan dulces y misteriosas como las armonías de los mundos, como el concierto de las estrellas; y viven siempre al pié del misterioso santuario. Todo el culto sacerdotal está representado por Apolo, el dios de la luz, que ha vencido á las antiguas divinidades pelásgicas, y las ha encerrado en sus grutas, en sus negras cuevas, en

sus cavernas; que ha desterrado la primer noche del espíritu, extendiendo sus dorados rayos sobre toda la Grecia, y alejando las sombras y las tinieblas. Pero bien pronto esta religion, que habia desterrado á los dioses indígenas, á los primitivos dioses pelásgicos para traer en pos de sí un cortejo de divinidades que se apoderan del Olimpo y dejan como esclavos á sus puertas á los antiguos dioses de Grecia, esta religion se vé amenazada por un nuevo culto venido del Asia menor, culto delirante, que amenaza convertir en ruinas todo el paganismo.

La religion de los sacerdotes, religion tranquila de suyo y mística, se siente turbada por la aparicion de un nuevo dios. Aparece un hombre coronado de pámpanos, seguido de mujeres desnudas, de faunos que tocan el jaramillo y la flauta, y que danzan alegremente como embriagados por el vino, cuyos vapores se exhalan de las copas que traen llenas de hervidora vida en sus manos. Aquel hombre, primer asomo del antropomorfismo griego, ha recorrido la India, ha hollado con sus plantas el Egipto, ha tenido sacerdotes, culto en Frigia, y en toda su larga carrera ha manifestado ser la embriaguez de la vida, de la naturaleza. Su culto es un culto impuro; la sangre de la naturaleza, el vino, se vierte á torrentes en sus aras; sus sacerdotisas parecen furias, sus sacerdotes se entregan al placer y corren

locos por los campos, como si la vida rebosara en su seno. La flauta, el jaramillo, los mil instrumentos campesinos acompañan á este dios, coronado de yedra y de racimos, cuyo vacilante paso, cuyo mirar extraviado, cuya copa vacía unas veces, rebosando licor otras, cuya sardónica risa dice que su vida es la embriaguez y que su culto es la orgía. Por fin el dios llega á Grecia, toca en la tierra donde el Oriente se transformaba como el alado insecto que abandona su tosca larva. Los ahullidos del nuevo dios, sus desordenados cánticos, el grito de sus desnudas bacantes, el eco ingrato de las destempladas flautas, interrumpen la meditacion de los sacerdotes de Apolo, arrobados en contemplar la misteriosa y divina luz del cielo. Estos sacerdotes quieren oponerse al triunfo de aquel culto que parecia una profanacion terrible y espantosa, pero son devorados por el furor de las bacantes, que se reparten sus miembros palpitantes y los arrojan como una ofrenda á las plantas de su dios. El arte nos ha conservado memoria de esta lucha. En los vasos báquicos se vé aún á Baco armado del tirso, encendidos en ira los ojos, aplastando fuertemente á un guerrero defensor de Apolo; en otros hiere y mata al mismo Orfeo. Por fin Apolo mismo interviene en la gran lucha, y une su culto con el culto de Baco, la lira con la flauta, la danza con el cántico, el campo con el sol, la naturaleza toda en ósculo purísimo

de amor. El arte griego nos conserva el recuerdo de esta reconciliacion. En bajos relieves se veia á Baco apoyado en el tirso, la lira de Apolo en la mano, y el laurel entrelazado con su corona de pámpanos. Los sacerdotes, pues, rechazan este culto y son despedazados por las bacantes, hasta que Apolo, ó sea el representante del culto de los cielos y de las estrellas y del sol, abraza á Baco, el representante del culto de los campos, de la vegetacion, y el paganismo reina sin rival sobre toda la naturaleza y encierra en su teogonía todo el universo. Pero este culto sacerdotal, esta edad del sacerdocio no podia durar mucho tiempo.

Háy en el hombre una facultad por la que es verdaderamente hombre y rey de la creacion; facultad que es á la naturaleza humana lo que el centro de gravedad á los cuerpos, lo que la ley de atraccion á las esferas; facultad, que se empeñan en ocultar á nuestros ojos los que tienen un gran interés en aherrojarnos y envilecernos; facultad, que ningun hombre puede dejarse arrebatarse, porque tanto valdria mutilarse horriblemente; la libertad, sí, la libertad que á cada instante levanta su voz asustando á los tiranos; que penetra en las densas tinieblas de los más oscuros tiempos y las ahuyenta; que inspira las grandes obras de arte; la libertad, que llena toda la vida y se extiende á todo el espíritu, y penetra todo nuestro sér; la libertad, que no puede morir, porque aunque ar-

rojarian sobre ella para aplastarla bajo su inmensa pesadumbre todo el universo, la libertad seguiría victoriosa su camino, burlándose de sus perseguidores, aplastándolos bajo sus plantas, y reinando pura é inmaculada en el seno de la conciencia humana, como la verdadera ley de nuestra vida, y la corona centelleante y esplendorosa del hombre. (Estrepitosos aplausos.)

Hasta esta época que venimos historiando, los dioses se ocultan en la naturaleza, son el patrimonio de los sacerdotes. Desde esta época los dioses viven de la vida del espíritu, en la esfera de la libertad, toman las formas humanas, y nacen alegres en la razón del hombre. Si el espíritu religioso de Orfeo hubiera continuado, Grecia hubiera sido el mundo clásico, hubiera sido una provincia del Asia; fué necesario un nuevo sentimiento religioso más liberal, más humano, más popular, propio de Grecia, propio del mundo de la libertad, y entonces nació la gran protesta contra la religion antigua, nació el gran teólogo de la razón, Homero; ¡revolucion sagrada y prodigiosa, sin la cual acaso nunca hubiera nacido ni la libertad ni la democracia griega!

Mr. Creuzer, en su gran libro sobre historia de las religiones antiguas, tiene por dañosa la revolucion homérica; gran falta de espíritu filosófico en tan eminente erudito. La revolucion religiosa de Homero fué la protesta de la razón humana con-

tra las antiguas bárbaras castas, fué la muerte de la causa teocrática, fué el primer vuelo del espíritu humano á la libertad. Y así observad, señores, observad lo que vienen á ser los antiguos dioses, merced á este siglo y á esta inspiracion del amor. El Júpiter Ammon, cuerpo informe, rematado en una cabeza de carnero, se transforma en aquel dios humano, hermosísimo, coronado de la luz ideal de Píndaro y de Phidias; la Astarte egipcia, tan tosca, se convierte en la bella Juno, coronada de estrellas, vestida del azul del cielo, sentada en un trono de blancas nubes; de la grosera piedra que figuraba á Vénus, al beso del amor, se levanta una hermosura ideal, centelleando vida, amor, ceñida de perlas y corales la frente, vestida de la espuma de los mares, rodeada de hermosísimas bandadas de blancas é inocentes palomas; el tronco rematado en una cabeza de vaca, que en Efeso era Diana, se abre para dejar paso á la bella cazadora, casta, pura como el sueño de una vírgen, con la media luna en la frente, el arco azul en la mano, la corta túnica doria azul hasta las rodillas, los borceguíes de púrpura, recorriendo en la silenciosa noche los bosques y mirándose encantada en los arroyos y en los lagos, rodeada de sus ninfas, que interrumpen el silencio de la noche con melancólicos cantares y depositan lágrimas de amor en las corolas de las flores; y esta general transformacion se ex-

tiende á todos los dioses, al bello Apolo, que de un círculo de metal pasa á ser hermano querido de las musas; á Baco, dios borracho, viejo, feo, tosco, que en Grecia se convierte en un hermoso mancebo, de formas femeniles, de blanco y sonrosado color, voluptuoso, cuyo mirar nada en una embriaguez divina; jóven que anda desnudo por los campos, con la frente coronada de hiedra y de racimos, y en los labios una eterna risa; dioses todos hijos del hombre, encarnaciones de su pensamiento, símbolo de sus ideas, que entierran aquellas toscas piedras, aquellos informes animales, aquellos troncos, aquellas lanzas y cimeras, aquellos instrumentos de labranza, aquellas divinidades toscas y ahumadas y pobres de los antiguos, y sobre sus restos levantan el Olimpo, el Parnaso, los montes de la luz, de la alegría, del arte; montes sonrosados por la suave luz de la libertad, por los reflejos centelleantes y vívidos del humano pensamiento. (Aplausos.)

De suerte, señores, que la religion pagana fué primero la religion espontánea del pensamiento, la religion de la naturaleza en todo su candor; fué despues una religion sacerdotal, tradicional, que borraba el primitivo dogma, confundiéndolo bajo el peso de grandes divinidades orientales; y fué en tiempo de Homero una religion humana, una religion individualista, una religion libre; y de aquí la multitud de dioses y las formas humanas

que tomaron esos dioses, y su vida franca y alegre en compañía de los hombres. Señores, cuanto más miro esta revolucion más me parece digna del espíritu humano. Homero es el Sócrates de la religion pagana. Así como Sócrates mató la filosofia fundada en el mundo exterior para fundar la filosofia de la conciencia libre, Homero mató la religion de la naturaleza para fundar la religion del hombre. Aquellas divinidades feroces, que ponian espanto en el corazon del hombre, se tornan en dioses cuya imágen era un reflejo del hombre. Las fuerzas de la naturaleza, fuerzas ciegas, irreflexivas, pasan á ser grandes fuerzas morales; el combate de unos elementos con otros elementos parecidos á las ráfagas de un huracan, se vuelven luchas fecundas del espíritu humano. El hombre vió su imágen reflejarse en el cielo, su personalidad se agrandó en lo infinito. Su mano tocaba la cima del Olimpo, su pensamiento volaba entre las flores del cielo, libando su esencia como la abeja liba la miel en los campos. Los libros hieráticos fueron sellados, y la esencia de la religion revelada á todos. El velo misterioso que cubria todos aquellos dogmas, rasgado por Homero, abrió á todas las generaciones la comunicacion personal con los dioses. En vez de aquellos libros religiosos que en el seno del templo leian los sacerdotes, nació el poema épico que cantaba todo el pueblo, que descendia de generacion en generacion, que

abrazaba el alma de todas las clases, haciendo al hombre objeto y sujeto de la religion, uniéndole por el corazon y el pensamiento á los dioses.

No creais, señores, que esta revolucion vino de improvisó á la historia. Los héroes anteriores á Homero prueban ya que poco á poco el hombre se apartaba del seno de la naturaleza y se refugiaba en el seno de su misma conciencia. El valor, el heroísmo, la fuerza que domina los grandes obstáculos políticos, son los elementos del espíritu del héroe. Por eso Homero, despues de ser el gran fundador de la poesía griega, el reflejo de todas las glorias de aquella nacion predilecta de la Providencia; Homero es el gran sacerdote del espíritu humano, el gran teólogo de la libertad. El antropomorfismo griego, aunque tuviera precedentes históricos, es hijo de Homero. La revolucion homérica fué precedida de grandes tentativas de antropomorfismo, como vimos con Baco, tentativas que muy principalmente representan los héroes semi-divinos, semi-humanos, como Hércules. El mismo camino que el espíritu siguió en la filosofía y en el arte antiguos, el mismo camino siguió en la religion pagana, si bien predominando siempre el sentimiento. Mas la religion pagana llegó á tener conciencia de sí, á producirse, á realizarse verdaderamente en Homero. La negacion política escrita por Grecia contra Oriente, fué precedida y acompañada de la negacion religio-

sa. Así todo el espíritu en artes, en filosofía, en política y en religion se apartó del mundo antiguo y fué á buscar en la conciencia humana un nuevo mundo, una nueva civilizacion, un nuevo dios. Y á decir verdad, señores, la revolucion homérica, revolucion esencialmente religiosa, fué un progreso en la historia del mundo. El espíritu es superior á la naturaleza; el hombre es superior á la tierra. La naturaleza no tiene conciencia de sí, vive y se mueve bajo leyes que no puede quebrantar, que no puede conocer. El hombre dotado de esa alta facultad, que se llama razon, investido de libertad, teniendo conciencia de su vida y de sus obras, es un sér superior en la escala de los séres, como el punto que une lo finito con lo infinito, el cielo con la tierra, la naturaleza con el Creador. Y una revolucion religiosa que despertaba al hombre del oscuro sueño del sentido, que le ponía sobre todo lo creado y le daba por objeto de su adoracion su idea propia, su propio espíritu, era un momento sublime en la gran historia de las religiones antiguas.

El arte contribuía con su poderoso influjo á elevar la revolucion homérica á todas sus consecuencias. Polignoto, pintor griego, aunque todavía impregnado en los recuerdos de la religion hierática, sacerdotal, antigua, pinta en los templos de los dioses, en vez de las monstruosas figu-

ras antiguas, las rientes divinidades nacidas de la imaginacion de Homero, cuya gran teología era el poema épico. Este movimiento religioso se completa con Phidias. En sus estátuas, punto culminante del arte antiguo, último esfuerzo del artista, se vé la serenidad celeste, interior, del espíritu, centellear con luz viva é inmortal, como si fuera la apoteosis de la humanidad, que sintiendo su propia vida y gozándose en ella, se inunda de gozo al contemplar su victoria. La revolucion homérica es el triunfo del paganismo griego sobre el paganismo oriental. Pero esta revolucion necesitaba un complemento.

La poesía de Homero es la protesta contra la religion antigua; la poesía de Hesiodo, que es la que la sucede, es el dogma de la nueva religion, el complemento de la revolucion homérica. En este dogma se vé la lucha del espíritu con la naturaleza, el triunfo del orden, personificado en Júpiter, sobre las fuerzas ciegas del mundo, personificadas en los monstruosos Titanes. La teogonía de Hesiodo viene á llenar un deseo de las nuevas generaciones, á satisfacer una necesidad religiosa. Rasgado el velo que ocultaba el dogma, desceñido el espíritu de las ligaduras de los nuevos principios, siendo ya el pueblo el sacerdote de la divinidad, necesita saber la historia de sus dogmas, la vida de sus dioses. Era imposible extraer de los poemas de Homero una teología sistematizada, cuan-

do esos poemas eran una protesta. La teología, el dogma sistematizado se encuentra en las páginas de Hesiodo. Después de la negacion de las religiones antiguas ha de venir la afirmacion de un nuevo dogma si no han de quebrantarse las eternas leyes del espíritu. Y esta afirmacion es Hesiodo. Mas, á pesar de esto, como primer afirmacion de la nueva teología, el poema de Hesiodo no puede abandonar completamente el antiguo dogma, no puede bajo ningun concepto despreciarlo. En su teología se vé que la afirmacion, por muy radical que sea, tiene que encerrarse en la ley de la série; y en la ley de la série una afirmacion nueva ha de estar muy cerca de las antiguas afirmaciones, se ha de encerrar en ellas, las ha de consultar, las ha de seguir en alguna de sus manifestaciones, si no quiere romper y desconcertar las leyes de la lógica. Por eso la teogonía de Hesiodo está llena de reminiscencias orientales; por eso se vé que se preocupa muy principalmente del origen del mundo; por eso que del seno de las fuerzas naturales de la tierra surgen las grandes fuerzas morales del espíritu, y que la materia, por su propia virtud, por su esfuerzo propio, crea seres ideales, superiores á la naturaleza misma. La idea naciente es como el fruto tierno, que lleva pegadas las hojas de la flor de que ha nacido, aunque ya secas. Así por la protesta de Homero y por la afirmacion de Hesiodo se constituye el paganismo.

Hora es, pues, de examinar, aunque ligeramente, señores, la influencia social del paganismo. El hombre en esta religion que puebla de séres el espacio, sintiéndose rodeado de divinidades, mirándolas brillar en cada uno de los mil objetos de la naturaleza, debía exaltarse y ver la mirada de una virgen hermosa en el rayo de la luna; el blanco y nacarado cuerpo de una nereida en las ondas del arroyo; la sangre pura de una diosa en el color purpurino de la más bella de las flores; el amor de toda la naturaleza en las brisas, en las auras, en los aromas; y al par debía oír cánticos de un génio invisible en el rumor de los bosques, en los gorgeos de las aves, en el manso ruido que produce la gota de lluvia al herir el seno de los lagos; sintiendo así en su imaginacion la misma fecundidad divina que veía en la naturaleza.

El paganismo clásico es la primer protesta contra la religion de la naturaleza, y en este sentido prepara al mundo á recibir una verdad más alta. El alma en el paganismo no se deja llevar de la corriente de los hechos, como la hoja del árbol que cae en las ondas del arroyo; no refiere los hechos á leyes, las leyes de los hechos á la conciencia humana. En este sentido la protesta de Homero es un gran progreso religioso. Además no se crea de ninguna suerte que el politeísmo fraccionaba la inteligencia y descomponía el mundo, nó; á pesar del infinito número de divinidades que admitía,

encontraba una superior á todas, el destino; seguía la ley armónica de la unidad en la variedad, y como el pensamiento humano había progresado, el destino, siempre horrible y odioso, no pesaba con tanta fuerza sobre Grecia como la fatalidad que el hombre tenía dentro de sí mismo pesaba en Oriente.

La influencia social del paganismo fué provechosa en su tiempo. La religion estaba en armonía con todo el estado social. Saliendo el hombre del seno de Oriente, al encontrarse en Grecia, sintió una revelacion de su espíritu. Los dioses tomaron su forma, y al tomar la forma humana rompieron el predominio y el privilegio de las teocracias, y por consiguiente, la casta quedó si no rota, quebrantada. El paganismo debía engendrar la democracia, ó cuando más una aristocracia; pero no tan bárbara y egoísta como la aristocracia del Oriente. Según la historia confirma, la pluralidad de dioses, sus muchos altares, su predileccion por una ciudad, por un templo, debía originar aquella democracia de la Grecia, distinta, según las regiones y aun según las ciudades, imágen fiel del Olimpo. Y en el paganismo, á pesar de esta variedad, había la unidad, como he dicho antes, y en sus prácticas sociales, acontecía que un templo, un oráculo, una fiesta congregaba á todos los hombres, á la manera que el destino congregaba todos los dioses y las grandes

ligas políticas congregaban todas las ciudades.

El paganismo griego y romano es esencialmente militar. El hombre sentía en su seno la libertad, y á su lado el dios. No había menester llevar consigo el sacerdote para llevar consigo el dios; cuando en el ardor del combate lo invocaba, veía al dios pelear á su lado, flotando en la nube de polvo que levantaban sus plantas. Su ardor guerrero crecía, su brazo se vigorizaba, la sangre que manchaba sus sienes le refrescaba como el agua pura y viva de una fuente, y el ardor del combate revivía cuando más próximo estaba á extinguirse, con la seguridad de que el dios estaba á su lado y combatía por su victoria. Notad, señores, que esta mezcla de libertad y de fatalismo, esta conciencia de la libre personalidad y este sentimiento de que una personalidad divina intervenía en la acción, daba al griego, y sobre todo al romano, superioridad inmensa en el combate. Por eso Grecia venció á Troya; por eso en los campos de Marathon, de Platea, de Salamina, en el desfiladero de las Termópilas rodaron las legiones siervas del Oriente; por eso Roma llevó todos los hombres al Capitolio, todas las leyes al Foro, y todos los dioses al Panteon.

En la constitución del paganismo existía como necesidad inevitable, la esclavitud. Los dioses tenían gerarquías, y había dioses destinados á ser perpétuamente siervos. Lo mismo sucedía en la

sociedad; dos grandes gerarquías separaban la especie humana, los libres y los siervos; mancha horrible de aquella civilización. Nunca los dioses siervos, que Apolo dejaba al pié del Olimpo como encadenados, podían aspirar á la libertad; nunca toda la clase social esclava, aunque si los individuos, podía aspirar á la emancipación. El dios invasor entraba en el Olimpo, oprimía y sujetaba á sus enemigos, les ponía con hierro candente un estigma y los condenaba á ser perpétuamente esclavos; el guerrero iba á un país, peleaba, sometía á la raza indígena, y condenaba por el derecho bárbaro de la victoria á todas sus generaciones á bárbara y perpétua servidumbre. Lo que sucedía en la religión sucedía en la sociedad, el mundo era el reflejo del cielo. Y notad más, señores; en la religión primitiva de Grecia los dioses vencedores eran los aristócratas, los guerreros, la casta teocrática; y los dioses vencidos eran los industriales, los trabajadores; el atributo de los vencedores era la lira, la espada, el tirso; el atributo de los vencidos era el martillo, el escople, los instrumentos del trabajo. Y lo mismo sucedía en la sociedad. Las gentes vencedoras eran los guerreros, los sacerdotes; las gentes vencidas eran los trabajadores. Los primeros eran los dueños, los segundos eran los esclavos. Y naturalmente, señores, la esclavitud de suyo tan idiosa se concibe en aquella religión, que no tenía un dios para to-

dos los hombres; en aquella sociedad, en que unos se dedicaban á la guerra y otros al trabajo. En el mundo antiguo habia un gran horror al trabajo manual, á la industria. Creian que esta noble profesion que combate las fuerzas de la naturaleza y las doma, era contraria á la dignidad del hombre. Así, dejaban para el esclavo el trabajo manual, y los hombres sujetos á la falta de libertad luchaban con las fuerzas de la naturaleza. Mientras el hombre combatia como guerrero dejaba al esclavo que trabajara: el uno libre combatia con el hombre, y el otro esclavo combatia con la naturaleza. Y esta gran marcha de la esclavitud que nos apeña y acongoja á nosotros amantes de la libertad y del derecho en su sentido más puro, era un progreso en aquella sociedad salida del seno de otra sociedad más bárbara. Comparad la esclavitud con la costumbre que tenian los pueblos orientales de exterminar á los vencidos, y os convencereis de la superioridad relativa de la esclavitud; comparad al esclavo con el pária, y os convencereis de que al ser esclavo el hombre ha perdido al ménos un eslabon de su atroz y pesada cadena. Por estos caminos dificultosos, sembrados de escollos, el hombre llega á conseguir su libertad; un dia el huracan de la guerra le azota, otro dia la servidumbre le envilece, mas auxiliado por la Providencia, confiando en su destino, llegará, señores, no lo dudeis, á pulverizar bajo sus plantas todas

las cadenas, y á ceñirse la corona de sus eternos derechos.

Así el paganismo influia en la historia, influia en el mundo. El pueblo y los sabios creian en su eficacia. No se levantaba ni la más leve ráfaga contra su poder; sus templos se sonreian, sus estatuas expresaban la felicidad en los ojos, en la frente; sus dogmas era el alimento de las almas; en el ara ardia el fuego sagrado; al pié del ara se veian ramos de flores, guirnaldas, los tributos de la naturaleza; el aire estaba impregnado de alegres cánticos, de olorosas esencias; el poeta iba al templo á ofrecer su lira, el orador al templo á pedir inspiracion, el guerrero al templo á deponer trofeos, á colgar de sus muros los despojos de los enemigos; la vírgen, la esposa, el niño, el pueblo, el legislador, el sacerdote, todos se unian en el templo, y una alegría centellante, universal, se derramaba por el sereno cielo del paganismo. ¡Qué hermosa estaba la naturaleza! En el blando movimiento de la celeste onda se veia aparecer la mágica sirena; en el curso del arroyo deslizarse como una ilusion hermosa é impalpable, el blanco leve cuerpo de la nereida; en el cáliz de las flores, como el aroma de sus aromas, se aspiraba el alma inmortal de una diosa, y toda naturaleza sonreia alegre, rebosando amor y vida.

Mas bien pronto, señores, por el seno de aquella plácida alegría cruzó nube de tristeza; de